

MANAGUA, 21 de julio. — Hace veinticuatro años vi, apenas llegado a La Paz, las milicias mineras, obreras y campesinas de Bolivia. Era la primera vez que veía la figura, para mí hasta entonces mítica, de obreros y campesinos armados y organizados en sus sindicatos. Se me hizo un nudo de emoción en la garganta. La revolución de abril de 1952 todavía estaba fresca, esa revolución que estalló para llevar al poder al presidente y vicepresidente electos en 1951, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo, cuya investidura había sido anulada por un golpe de Estado militar. Las insurrecciones de La Paz, Oruro, Potosí, derrotaron y disolvieron al ejército al servicio de los magnates mineros y del imperialismo, aquél que el pueblo llamaba "el ejército masacrador" y sus armas quedaron en poder de las milicias sindicales.

En 1952 se nacionalizaron las minas, 1953 se realizó la reforma agraria (cuando ya los campesinos habían ocupado muchas haciendas). Después la revolución se detuvo, las armas de las milicias empezaron a envejecer y a quedarse sin municiones, el ejército profesional fue pacientemente reorganizado, por Paz Estenssoro primero, por Siles Suazo después, con armas modernas, de nuevos calibres, provistos por Estados Unidos. Paralelamente, el Estado estimuló la acumulación capitalista, la empresa privada y las inversiones imperialistas. Nuevo ejército y nueva burguesía crecieron uno al lado del otro y a partir del golpe de 1964, ese ejército volvió a tomar el poder y recomenzó su historia de masacres: todos recuerdan una de las más famosas, la de la noche de San Juan, de 1967, meses antes del asesinato del "Che" Guevara.

Bolivia tiene una de las más fuertes y más conscientes organizaciones de masas de América Latina, los sindicatos mineros y la Central Obrera Boliviana. Pero conciencia, combatividad y organización, sin partido político propio frente a la burguesía nacionalista y sin armas frente al ejército masacrador, sirven para resistir heroicamente a dinamitazos y en barricadas de última hora, pero no para vencer. La fórmula de Lechín uno de los principales participantes de la política que llevó al desarme de las milicias al afirmar que el golpe militar se resistiría con la huelga general y el bloqueo de caminos, es la vieja fórmula que en Argentina en 1955 y en 1976, en Chile en 1973, y en diversos países y varias ocasiones, ha sembrado la más funesta de las ilusiones: que los obreros pueden resistir,

Bolivia y Nicaragua Dos caminos

Adolfo Gilly/enviado

postfacto, con las manos desnudas, a un golpe militar técnica y científicamente preparado para masacrarlos, es la misma política pasiva y de desastre con que los burócratas sindicales peronistas abrieron el camino a la dictadura terrorista establecida en su país desde 1976.

Son estos militares argentinos, sin ninguna duda, los que han asesorado y guiado la preparación del golpe boliviano y su metódico proyecto de masacre, según acaba de denunciarse en Managua, Jaime Paz Zamora, el vicepresidente electo de Bolivia.

Vi las milicias sandinistas en Estelí, hace unos días y recordé a los campesinos bolivianos, desfilando como ellos, un cuarto de siglo antes, confiados en su revolución y marchando con los mismos gestos.

Vi el ejército sandinista, y también las milicias, el 19 de julio en Managua. El viejo ejército ha sido destruido hasta las raíces y, al contrario de Bolivia, no es la dirección de la revolución quien piensa reconstruirlo: sólo los contrarrevolucionarios osan proponer tal idea. Vi la disciplina, la soltura en el paso y en las evoluciones, el armamento moderno de las fuerzas armadas sandinistas. Volví a recordar a los bolivianos, ahora masacrados por un nuevo golpe, pese al heroísmo indescriptible con que han resistido y hasta desbaratado tantos otros. Y no sólo pensé, sino que sentí a flor de piel la diferencia radical: está bien que el ejército sea sandinista, aunque Robelo, el Cosep, los conservadores y otros más protesten; está bien que se prepare intensamente; está bien que sea el escudo de esta revolución, mientras otras vecinas vienen a hacer menos pesadas las tareas y menos arduo el camino por delante.

Digan lo que quieran los defensores de la democracia por encima de las clases: el martirio interminable de Bolivia es la respuesta y el resultado infaltable de sus propuestas. Si la revolución boliviana resistió muchos años, es porque tuvo milicias, realizó una reforma agraria, nacionalizó las minas y fue

sostenida por sindicatos de combatividad y tradición de lucha inigualados. Si no pudo resistir más, es porque todo eso se interrumpió a mitad del camino, y la reorganización del capitalismo y de su ejército hicieron el resto.

El gobierno sandinista acaba de anunciar que se dictará una Ley de Reforma Agraria que afectará las tierras buenas que los latifundistas se niegan a cultivar porque no aceptan la rebaja de los arriendos ("aquí no ha habido reforma agraria todavía", dijo hoy Sergio Ramírez, "Lo que iniciaremos será la primera etapa. Después vendrá otra sucesiva"). Si esta medida, como se anuncia, cala profundamente, afectará una de las bases más sólidas de la contrarrevolución y ampliará las ya extensas bases de apoyo del proceso revolucionario. Si el aguerrido ejército sandinista va combinándose con el progreso de una organización de masas que, aun sin llegar al nivel acumulado en decenios y decenios de luchas por los mineros bolivianos, permita expresar la iniciativa, la capacidad de pensamiento, las aspiraciones espontáneas de los trabajadores nicaragüenses, este país podrá ser atacable y hasta arrasable como cualquier otro, incluido Estados Unidos, ante una potencia superior, pero será definitivamente incontestable.

Los mineros bolivianos resisten y buscarán una vez más, como lo hicieron siempre, reorganizar sus filas desde abajo y reconstruir pacientemente el tejido organizativo destruido por los masacradores. Ellos pueden mirar ahora hacia Managua, y seguramente hacia la huelga general que se prepara en El Salvador. Por eso es importante que la Casa de Gobierno de Managua haya sido la tribuna desde la cual el vicepresidente electo denunció ante el mundo el golpe militar.

Al mismo tiempo de la afirmación de la revolución nicaragüense y de los progresos de la revolución salvadoreña, necesitamos extraer los latinoamericanos no sólo el estímulo sino también las enseñanzas teóricas y las experiencias políticas que contribuyan a reorganizar, en cada país y en el continente, los proyectos, los programas y las fuerzas de la revolución. El nuevo golpe militar de Bolivia, que una vez más está liquidando a sangre y fuego la decisión de elecciones democráticas cuando no las respalda una fuerza revolucionaria organizada en todos los niveles está repitiendo que no hay tarea más urgente.